

FRUTO DEL CURSILLO

V-47-1170



Cuando yo sea maestra...

MONÓLOGO ORIGINAL DE

LEÓN ESPINEL DEL CAMPO

puesto en escena

en el teatro Principal el 25 de Abril de 1919

con motivo de la función de gala en honor y obsequio
de los concurrentes al primer Cursillo Pedagógico
Leonés, por la aventajada alumna normalista

Felisa Pilar Hernández



LEON

Imp. de Maximino A. Miñón

1919

R. 2074

ARCHIVO HISTORICO
PROVINCIAL
VALLADOLID

DG-CLL
D
Boje

FRUTO DEL CURSILLO

Quando yo sea maestra...

MONÓLOGO ORIGINAL DE

LEÓN ESPINEL DEL CAMPO

puesto en escena

en el teatro Principal el 25 de Abril de 1919
con motivo de la función de gala en honor y obsequio
de los concurrentes al primer Cursillo Pedagógico
Leonés, por la aventajada alumna normalista

Felisa Pilar Hernández



LEON

Imp. de Maximino A. Miñón
1919



R. 31871

c. 1115808 7.95165

DEDICATORIA

A la buena memoria de mi carísimo padre, Maestro que fué de Enseñanza Primaria, don Vicente Gutiérrez García (Dios le tenga en su gloria) y al culto, entusiasta y compenetrado Magisterio Leonés, como sencillo recuerdo del Cursillo Pedagógico y en prenda humilde de afectuosa y alta estima

EL AUTOR



Quando yo sea maestra...



(Habitación de estudio. A un extremo, un encerado. La joven que representa el monólogo aparece sentada a una mesa en donde hay libros y un búcaro de flores.)

Ea, basta de estudiar (cierra el libro y se levanta), porque corro peligro de que por encasquetarme tantas lecciones, se me salten los cascos. Una asignatura sólo me falta; después a pasar el Rubicón de Junio, y cáatate a Esperancita Maestra Superior hecha y derecha. ¡Vaya un postín que he de darme con el título debajo del brazo en vez de los antipáticos libros de texto, al modo que voy todos



los días a la Normal. Hasta cambiaré de indumentaria; me despediré, con un mohín acaso de sentimiento, de la falda corta y de los zapatos bajos de caprichosos lacitos; recogeré la mata del cabello ahora esparcido por la espalda y sujeto con un pasador de brillantes... falsos, y... me llamará la gente ¡doña Esperanza!

Dicen que no es prudente adelantarse como los almendros, porque viene un hielo intempestivo y mata ¡ay! las ilusiones en flor; pero quiero por una vez probar fortuna.

Estoy más contenta que niña con vestido nuevo desde que he asistido a las lecciones del Cursillo, y quiero soñar un rato en esta mecedora (se sienta) con la ideal escuela que en mi caletre he forjado.

Se ha agigantado ante mí la sublime figura del Maestro de escuela, al meditar cómo «en la escuela primaria se construye el edificio intelectual y moral, dentro del cual ha de vivir el hombre toda la vida» (1)

He visto surgir, al ir escuchando embelesada a los sabios pedagogos—gracias les sean dadas y

(1) Manjón

muy rendidas—ura resplandeciente aurora de engrandecimiento.

Pasó ya la época nefasta del siglo de las luces, que bien oscuro fué para la sufrida clase del Magisterio, ya que nos legó el denigrante tipo del maestro famélico y el sarcástico sonsonete de «tienes más hambre que un maestro de escuela.» Y si tenían hambre los maestros, excuso decir lo que pasaría a las pobres maestras. Ya lo expresó uno de la clase, sastre, por tanto, que conocía bien el paño: (1)

Cuentan de un Maestro que un día tan pobre y mísero estaba porque el sueldo no cobraba que el infeliz se moría.

¿Habrá otro ser se decía, que pueda igualarme? No.

Y apenas lo pronunció de su habitación saliendo una Maestra gimieido, le dijo al instante: ¡yo!

Pasó, sí, aquella época vergonzosa en que los maestros se acostaban muchas noches llevando en el estómago una mísera ensalada de escarola. Ya los amantes de la cultura y los hombres de Gobierno se preocupan en tan trascendental problema. Claro que con las 1 500 del ala los maestros y

(1) Vicente Nugarde

maestras no van a lucir como los canónigos la curva de la felicidad; pero comparado el sueldo actual con aquellos 1 100 reales y el par de celemines de centeno por cada niño de los pudientes que asistían a la escuela, aunque no se puedan atar ahora los perros con longaniza como aseguran que sucede en Jauja, al menos si no volasen tan altas las púercas subsistencias, se podía echar chorizo diario al puchero.

Conque... a lo que estaba. A soñar un poco. ¡Cuando yo sea maestra de escuela. ! (Pausa). Cuando yo sea maestra de escuela, amaré mi profesión como la más grande y hermosa de la sociedad—excepción hecha del sacerdocio—y viviré siempre penetrada de lo nobilísimo de mi santa misión, que será hacer de niñas, áng-les.

Iré al pueblo que me designen con el regenerador programa que me he trazado en el Cursillo, y romperé los mo'des estrechos y antihigiénicos de la vieja rutina; que también tengo mi alma en mi almario con su correspondiente geniecito. Visitaré luego la escuela en compañía del señor Alcalde, aunque gaste capa parda con anguarina y pantalones de roble; y entraré en la escuela ¡mi escuela! con la emoción y respeto con que se penetra en lo sagrado de un templo.

MUSEO
PROVINCIAL
ALLADOLID

Pero al verla sin luz, sin aire, convertida en una zahurda, en una covacha insalubre e inmundada, trataré, por buenos modos, de convencer al señor Alcalde de que aquello no es escuela, sino una *perrera literaria*.

Ya estoy viendo al Alcalde pegar con el bastón de borlas en el suelo como asintiendo a mis palabras y diciendo: «que sí, que sí». Y se rasgarán las ventanas, y entrará allí como Pedro por su casa el aire y el sol y con ellos la alegría, purificador ambiente en el cual debe desarrollarse el ideal pedagógico del *mens sana in corpore sano*. Y si la escuela está a la vera del pueblo, mejor que mejor; y si la rodea un jardincillo en donde canten los pájaros y exhalen su aroma las violetas, miel sobre hojuelas (se levanta y coge el búcaro de flores). Las flores son las hermanas de las niñas: lo dijo Selgas el dulce cantor de ambas:

Es la flor dulce cáliz
lleno de esencia;
la niña un alma pura
toda inocencia;
y ambas lozanas,
una flor y una niña
son dos hermanas

Y Campoamor dejó escrito este dedicado pensamiento:

El amor á los niños y a las flores
son amores tan dignos de los cielos
que son tal vez los únicos amores
que nunca dán a los amantes celos

(Deja el búcaro y se sienta). Bien: ya estoy sentada en mi silla poltrona bajo el dosel que realza el cuadro de una Inmaculada de Murillo. ¿Eh? ¿Qué tal me viene el sillón?.. ¡Ajajá! Ya me hallo al frente, legítimamente orgullosa, de una escuela de la mayor transcendencia educativa, por eso, por ser de niñas: por troquelarse en el a el corazón de la mujer. Reclamo para las maestras este derecho: parece mentira que el pedagogo Rousseau redujese a la mujer a la categoría de *un mero pasatiempo*; no estaba en sus cabales cuando afirmó tal disparate el señor Jota Jota Rousseau (pronúnciese como está escrito) como llamaba a Juan Jacobo una amiga mía. Y menos el malicioso Bretón cuando dijo que «la mujer es el animal más lindo que Dios ha echado a este mundo». ¡Valiente gagnápiro estaba hecho Bretón!; que me dispense su ausencia; tuerto había de ser para que fuese bueno. En cambio Goethe nos echó esta hiperbólica flor—que no la acepto—«el eterno femenino

nos lleva al cielo». Váyase lo uno por lo otro.

Pero a lo que iba. «La mujer, ha dicho Manjón, es la que forma el hogar y hace la familia, y, es, por tanto, el primer elemento educador en el tiempo y en la importancia. Debe, pues, ser preferida en la educación a todo otro elemento. La mujer no es la escoba que barre, el agua que lava, el jabón que limpia, la aguja que cose, el fogón que guisa y el pecho que lacta, sino que es la reina y señora de la familia y la casa, el corazón que forma los corazones... Si la Escuela ha de ser ante todo *Casa de educación* y una como continuación y prolongación de la casa y educación materna, no hay ni puede haber escuela que más interese al buen educador que la recta formación y educación de la mujer». Así es que convencida de esto ¡qué hueca me voy a poner en mi silla poltrona de la escuela! Manos, pues, y a la enseñanza.

Revisión de valores. ¡A ver!: esos antiguos cuerpos de carpintería desproporcionados que pueden dar lugar a la miopía y a la escoliosis —si me oyera la docta Profesora de Pedagogía— ¡fuera con ellos! Vengan mesas-bancos de los modernos sistemas Cardot o Bastinos.

Esos libros de texto atiborrados de prosa amazotada que producen indigestión de letras

a los niños, ¡a la lumbre con ellos! Y a la hoguera también debieran ir todos los textos de segunda enseñanza cortados por el patrón del acerbo soneto de Manuel del Palacio.

Debe tener dos clases de papel distintas en la pasta y el color; la firma y contraseña del autor y advertencias y erratas a granel.

Mucho bigote y mucho coronel, ya que son los espacios de rigor; la tinta y la impresión de lo peor, todo sobrebarato menos él.

Si para la enseñanza ha de servir, brille por lo ridículo y vulgar, aunque a la juventud haga sufrir.

Y cuando venda el último ejemplar, el sabio profesor podrá decir:

«Esto es lo que quisimos demostrar».

En mi escuela, pocos libros; y éstos que sean económicos, con láminas y grabados que faciliten la comprensión del texto, y sobre todo que triunfe en toda línea el encerado; porque hay que desengañarse de una vez: la fórmula última pedagógica de enseñanza se cifra, a mi ver, en esta laconica expresión (va al encerado y escribe): S. M. EL GRÁFICO, que dijo Siurot. ¡Ceda el cetro el libro al gráfico! Hay que inclinarse ante esta nueva Majestad. (Señalando lo escrito) ¡Pase a mi escuela y en ella se entronice S. M. el Gráfico!

El socorrido sistema de aprender las lecciones de carretilla como discos de gramófono, largo de mi lado: a otra parte con esa música ratonera. No quiero que mi escuela sea jaula de papagayos y cacatúas. Nada de dale que le das con unas mismas ideas y con unas mismas palabras rutinarias hasta saberlas mecánicamente al dedillo como el que recitaba de corrido:

Leo, río, rabio, lloro,
canto, silbo, fantaseo:
lloro, rabio, río, leo...
—al revés todo de coro —

¡Abajo el monótono y pesado procedimiento de aporrear un año y otro los carteles dale que te pego (con sonsonete) «la *b* con la *o*, *bo*; la *b* con la *o*, *bo*; *bo-bo*». Método inútil y perjudicial. ¡Paso a la *simultaneidad* de la lectura y escritura que hace prodigios de adelanto e impide imitar eternamente, plana sobre plana, al famoso *Perico el de los palotes*.

Nada de oratoria campanuda que deja a las niñas con un palmo de narices y boquiabiertas, y redúzcase la labor docente a «hacer pensar, querer, obrar y sentir» que en eso consiste, según un sabio, el papel del maestro *educador*, que es el verdadero maestro.

Nada tampoco de definiciones apriorísticas. (Con sonsonete). «¿Qué es Analogía? La parte de la Gramática que enseña el valor de las palabras con todos sus accidentes y propiedades». Y las pobres niñas se quedan... *in albis*, acerca del valor de las palabras, sin saber si unas son más valientes que otras, o si les dan accidentes como a las personas. Con esas absurdas definiciones sucede aquello de

en la calle *no sé* cual,
donde había *no sé* qué santo,
que en rezando *qué sé* yo,
se gana *yo no sé* cuanto.

Es decir, que las niñas se quedan como aquél, a quien mandaban averiguar de qué color eran las zapatillas de baile que usaba el Rey que rabió.

A otra cosa. Y de los castigos ¿qué? ¡Ah! Me esforzaré por no pegar nunca. Proscrito para siempre el bárbaro aforismo de «la letra con sangre entra»: al contrario: con amor, con amor. Y si hay necesidad del castigo—que sí la habrá—que afecte tan solo a la moralidad, dignidad, etc. etc.; así como el galardón, el premio, ha de tener por blanco las aficiones de las niñas. Bueno estaría que hiciese su aparición terrorífica en mi escuela el antiguo repelente dómine de cara más

sería que una patata, con la inexorable palmeta y las horribles correas. ¡Quite usted allá!

Alegría, alegría, alegría. «Los niños de mi escuela — dice el experimentadísimo y muy celebrado pedagogo de las Escuelas del Ave María — juegan, y jugando aprenden, y aprendiendo, se educan.» «Es principio sin excepción — añade un insigne discípulo de aquél, que a la vez es preclaro maestro, Siurot — que todo lo que aprenden los niños jugando queda aprendido para siempre». Y ya en la antigüedad escribió Horacio esta sentencia:

El unánime aplauso alcanza él solo,
quien juntando el recreo a la enseñanza
instruye a un mismo tiempo que deleita. (1)

Los niños no deben estarse todo el santo día amarrados al banco de la escuela como si fuesen aprendices de zapatero.

¿Más números del programa todavía? Ah, sí. Algo de *trabajos manuales* que constituyen un medio cómodo de favorecer y desarrollar las aptitudes individuales, e infunden, por añadidura, el hábito del trabajo. Un ensayo de *museo escolar* para dar las lecciones de cosas. Y un intento de *caja escolar de ahorro* para inclinar a las niñas a la

(1) Traducción de Raimundo de Miguel.

práctica de la economía: porque ya se sabe, mujer prevenida vale por dos. Nada, nada, que cuando yo sea maestra de escuela... ¡qué cosas voy a enseñar a las chicas... y las grande! (Se oye una orquesta que ha de seguir tocando suavemente.)

¡Calla! ¡música! (Se levanta y escucha unos momentos). La música es el arte divino, el arte que mejor y más sienten los niños. Yo que quiero que el arte impere en mi escuela, no faltarán, no, coros de niñas que alegren por dentro la escuela, como por fuera la alegrarán los pájaros. La música educa el sentimiento. Que canten, que canten allí las niñas, ángeles de la tierra: que también cantan los ángeles en el cielo (Se queda escuchando otros instantes, y cesa la orquesta.) Lo dicho: cuando yo sea maestra... ¡qué cosas voy a hacer y enseñar!

(Se aproxima a una ventana.) Desde aquí se abarca a ver un hermoso panorama. ¡Oh! La naturaleza será mi primer auxiliar; fomentaré los *paseos y excursiones escolares*, pedagógicos e higiénicos, por mantener de modo incesante la intuición y fortificar el cuerpo. Con mi enjambre bullicioso de niñas, con la cara de rosa y bucles de oro unas, con la tez morena y rizos de ébano otras, aseaditas y arregladitas todas, subiré a los otros para contemplar las llanuras dilatadas inundadas de luz, o

PROVINCIAL
VALLADOLID

treparé a las montañas para deleitarnos en parajes paradisiacos; y en presencia de tanta magnificencia, adoraré con mis niñas amadas al Supremo Hacedor de tan grandes maravillas. Así se formarán cuerpos fuertes y almas puras. Educación física, sí; pero también educación religiosa, porque la feliz frase de Juvenal tiene, como dice no sé quién, un reverso correlativo: *Corpus sanum in mente sana*. Sin alma limpia, no hay cuerpo sano. No hay mayor absurdo por eso que la escuela neutra o escuela sin Dios, de la cual dijo el sapientísimo Menéndez y Pelayo que era «una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso: una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y vida que laten en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde.» (Váse al medio.)

Por último, como complemento de los paseos escolares, la *fiesta del Arbol*, que no debe quedar reducida a una fiesta de pirotecnia palabrera; sino que hay que procurar a toda costa que los niños se encariñen de veras con su arbolito y le defiendan de los muchos enemigos que tiene por todas partes, y de este modo se despierte la afición al poblado y se aumente el respeto al árbol. ¡Poco rumbo que me voy a dar con el discurso que yo pro-

nuncie delante del señor Cura, del señor Alcalde, del señor Secretario y... del señor Maestro, sobre todo si éste es joven, y guapo, y listo, y bueno, y... soltero. De seguro que al terminar, cuando duren todavía los aplausos, porque creo que me aplaudirán, me mirará a hurtadillas o por el rabillo del ojo, y dirá para sus botones: «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.»

Pero no; fuera tentaciones de vanidad. A lo positivo, y lo positivo aquí es seguir estudiando para evitar calabazas—no las del maestro, que no las temo—sino las de Junio. A estudiar. (Váse a la mesa, abre el libro y se sienta.) No sea que me suceda lo que a la lechera de la fábula, a saber, que pegue un tropezón ante el tribunal de fin de curso, caiga de bruces y ¡adiós cántaro de mis ilusiones! ..

Mas como estoy ante otro tribunal (se levanta y saluda al público con inclinación de cabeza) que pudiera llamarse el del Cursillo, fuerza será saber antes qué opina acerca de mi ideal futura escuela. (Dirigiéndose al público.) No aspiro, señores, a un voto de gracias en la visita de inspección que habéis girado a mi ideal escuela. Aspiro tan sólo a un humilde aprobado después de asistir a las lecciones de este Cursillo, y como natural consecuencia, a que os dignéis extenderme el título honroso de Maestra Superior. El fallo está en vuestras indulgentes manos. (Saluda de nuevo al público, y se sienta a la mesa, en actitud de estudiar, mientras va cayendo el telón).

L. D. V. Q. M.



